

¡El reino de Dios está en medio de vosotros! (1). Mas ¡ay dolor! que tal vez se nos dirá: «Yo conozco tus obras; tienes nombre de vivo, y estás muerto» (2).

El llanto y los gemidos que exhalamos, la ternura que siente el corazón al pensar en la Sagrada Niña, ¿por ventura no nos dan seguridad de nuestro amor? Algo más nos pide el cariño que debemos á María. «Si me amáis, decía el Divino Salvador, guardad mis mandamientos» (3). Y también: «No todo aquel que me dice: «¡Oh, Señor, Señor!», entrará por eso en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial» (4). Ahora bien: la ternura y el cariño de que hablamos, los sentimientos de gozo y alegría, de grande y firmísima confianza en el santo patrocinio de nuestra Señora, las prácticas piadosas que diariamente la ofrecemos, y los demás obsequios que forman la corona de nuestro filial cariño, ¿son tan puros y tienen tanta vida, que nos hagan cumplir la voluntad de Dios, ó acaso serán ligeros como el aura que se lleva el aroma de un jardín, y en seguida nos hallamos como mustias flores que el cierzo marchitó?

Tal vez, por dicha nuestra, al presente amamos á María; ¿quién puede asegurarnos que habremos de llegar hasta el sepulcro, ardiendo en ese fuego,

(1) Luc., XVII, 21.

(2) Apoc., III, 1.

(3) Joann., XVI, 15.

(4) Matth., VII, 2.

y que el tiempo y las pasiones jamás apagarán su preciosa y dulce llama? Nuevas tristezas y amarguras para el corazón del hombre..... Llegar á olvidar á nuestra Niña; vivir sin la luz de sus miradas; no ser contados ya en el número de sus amantes hijos, y para la otra vida quedar privados para siempre de su vista; abrirse entre Ella y el hombre que la olvida un profundo y anchuroso abismo que nadie jamás podrá cerrar; abismo de tinieblas donde nunca brillará la luz del sol, y donde el desgraciado que ha caído, jamás verá el rostro inmaculado de María, ni escuchará siquiera una palabra de sus labios, ni podrá sentir la dulzura de su tierno y maternal cariño..... ¡Oh tormento sin medida, que no puede resistir el corazón! Poder vivir sin Ella, ¿no es acaso la más aguda pena, la muerte más amarga? Siéntese oprimida el alma bajo el peso de indecible angustia, con tan negro y funesto pensamiento: si lloremos, el llanto no nos da consuelo, y si acaso nos podemos contener, la aflicción desgarradora nos abate, dejándonos casi sin sentido. ¡Oh María, consuelo de afligidos, fortaleza de los débiles, alegría de los que lloran, esperanza de los desesperados, auxilio de los cristianos, tierna y amorosa Madre que nunca olvida á sus más ingratos hijos; danos por piedad una mirada, volviéndonos la paz y el consuelo, la fortaleza, la esperanza y la vida!

¿Qué haremos para amar siempre á nuestra Niña? Imitar sus santísimas virtudes: hé aquí la voz de nuestra muy amada: «Atráeme, dijo en otro tiempo al celestial Esposo, en pos de Ti, y

correremos al olor de tus aromas» (1). Nada podemos por nosotros mismos, pero María nos obtendrá la gracia. Y notad de paso un prodigio de su tierno amor, que nos vuelve más y más enamorados de Ella. Atráeme, ha dicho nuestra Amada. Y ¿por qué pedís para Vos sola, hermosa Niña, la gracia del Señor? Y ¿cómo añadís que contigo juntamente correremos? (2). Una madre representa á sus hijos, para quienes son todos sus bienes; pues no deben los hijos atesorar para sus padres, sino éstos para aquéllos (3). Mas los hijos, por sí mismos, son pobres y sin méritos: nobleza y fortuna les vienen de sus padres. Sin mérito ninguno, y antes bien pecadores, esos hijos, ¿no pudieran temer una triste negativa pidiendo por sí solos, sin los ruegos de la Santa Madre, la gracia del Señor? María conoce nuestra indignidad, y no quiere que aparezca delante del Señor, y hé aquí por qué también pide nada más por sí la gracia celestial. Ésta es, sin duda, un don del cielo; mas con todo, escrito está: «Al que tiene se le dará más, y estará sobrado; mas al que no tiene, le quitarán aun lo que tiene» (4). Y ¿quién ha tenido la gracia, como la hermosa é inmaculada Niña? Á los demás se les da por partes; mas en el seno la Santa Virgen derrámase con toda plenitud (5).

(1) Cant., 3.

(2) D. Bern., Serm. 20, in Cant. Phil., Abbas, L. 1, c. 13 in Cant.

(3) II Cor., XII, 14.

(4) Matth., 13, 12.

(5) Hieron., Serm. de Assump. V.

María, pues, llena de la gracia del Señor, rogando por nosotros, la recibe para derramarla en tanta abundancia que alcance á todos los hombres de tal manera, que pueden decir: «De su plenitud hemos participado todos nosotros, y recibido gracia por gracia» (1).

Pide la gracia nuestra Reina, porque no le basta su propia plenitud, ni está contenta con su bien particular; mas según está escrito: «Los que de mí beben, tendrán sed», pide la sobreabundancia para la salud del mundo (2).

¿Qué haremos, de nuevo preguntamos, para amar á nuestra Niña? Ya está dada la respuesta: seguir su santo ejemplo. María se ha elevado como el cedro sobre el Líbano, por su admirable y cándida pureza; y cual ciprés en el monte de Sión, por la fortaleza que desplegó allá en el Gólgota: Ella es la palma de Cades, esbelta y gentil por sus victorias sobre el infierno y el pecado; es la rosa de Jericó por su dulce compasión y ternura hacia los hombres; el olivo plantado en los campos y el plátano junto á la corriente de las aguas, por la misericordia de su amable corazón y la excelencia de sus buenas obras. Ella es como el cinamomo y el bálsamo, que despiden suavísima fragancia, por las bendiciones que tributa á Dios, la humildad incomparable de su alma y el ejemplo de su santa vida con que edifica al mundo. Es, en fin, María, como mirra escogida y de suave olor, por los grandes sufrimientos y amarguras que pasó en

(1) Joann., 1, 16. D. Bernard. D. Th., 3 p., q. 27, a. 5, ad 1.

(2) D. Bernard., Serm. II, in Signum.

la tierra (1). Castidad y fortaleza, misericordia y oración, caridad con el prójimo, ejemplo de virtud, humildad y mortificación de nuestra carne; ¿no es acaso la práctica de las virtudes referidas la que nos hace conformes á la imagen de la Santa Niña, á quien una y otra vez llamamos nuestra Madre? Ahora bien: ¿no es cierto, según esto, que podemos con verdad decir: «Somos descendientes de María»? Pues no olvidemos que cuando los judíos dijeron al Señor: «Nuestro padre es Abraham», Jesús les contestó: «Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham» (2).

Cierto es, por lo mismo, que niega su linaje el que no hace las obras de su madre (3).

Negar nuestro linaje.... Jamás los hijos de María consentirán en ello. ¿No es la Santa Virgen nuestra dicha y el gozo más puro del alma, la nobleza, la gloria, la paz y el consuelo del hombre? También, ¿no es Ella nuestra vida y amor? Ciérrense nuestros ojos á la luz del sol, y descendamos al polvo del sepulcro, antes que lloremos tan funesta desventura.

Imitar las virtudes de María, hé aquí lo que se pide á cada uno para obtener el tesoro incomparable de su santo amor? ¿Cuál es el precio del tesoro de que hablamos? El hombre no conoce su valor. No se compra con oro finísimo, ni se cambia á peso de plata. No pueden parangonarse con él los coloridos más ricos de la India, ni la piedra

(1) Hugo, de S. Victore B., Serm. de Assump.

(2) Joann., VIII, 39.

(3) Ptr. Ravenn. Ap. Chrysog., D. 10, n. 27.

sardónica más preciosa, ni el zafiro. No se le igualará ni el oro ni el cristal de roca; ni será cambiado por vasos de oro puro. Las cosas más excelsas y apreciadas no son dignas de mentarse en su cotejo. No tendrán comparación con él los topacios de la Etiopía, ni los más brillantes coloridos (1). Es sobre los reinos y los tronos; y nada es junto á él, la más espléndida riqueza. El oro es tenido como arena, y la plata como barro. Superior á la salud y á la hermosura, origen de inestimables y preciados bienes (2).

¿Rehusaremos, después de esto, consumir los más costosos sacrificios por conseguir el amor de nuestra Madre? Y, realmente, ¿tenemos que comprar á tan subido precio ese riquísimo tesoro? Las aflicciones y trabajos que tengamos que sobrellevar por conseguir nuestros deseos, serán muy breves y ligeros, y producirán un peso eterno de sublime gloria (3). Y tenemos que añadir: Esas aflicciones y trabajos se dulcifican y aun vuelven más ligeros con la gracia que Dios tendrá que dar á los hijos de María, según la promesa que le ha hecho: «Derramaré mi espíritu sobre tu linaje, y á tus descendientes daré mi bendición» (4).

No hay, pues, quien excusarse pueda de hacer los últimos esfuerzos por conseguir el amor de la Sagrada Virgen. Cuando Eliseo mandó á un general de los ejércitos del rey de Siria que se lavase

(1) Job, XXVIII, 15, 19.

(2) Sap., VII, 8, 12.

(3) II Cor., IV, 17.

(4) Isa., XLIV, 3.

en el Jordán, indignado aquél, retirábase diciendo así: «Yo pensaba que él hubiera salido á recibirme, y que puesto en pie, invocaría el nombre del Señor Dios suyo.....» Como volviere las espaldas y se retirase enojado, se llegaron á él sus criados y le dijeron: «Padre, aun cuando el Profeta te hubiese ordenado una cosa muy difícil, en verdad debieras hacerla: ¿cuánto más ahora que te ha dicho: «Lávate y quedarás limpio» (1). Jamás, pues, las dificultades, los trabajos, las contradicciones, y la misma muerte, deberán amortiguar el inmenso y celestial ardor con que hemos de buscar el cariño de María.

¡Oh Tú, amada de mi alma, dime: ¿dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar el mediodía, para que no tenga que ir vagueando tras de los rebaños de tus compañeros? (2). Si no la hallamos con nosotros, tenemos que salir buscándola por todas partes y preguntando á cuantos veamos: «¿No habeis visto á mi Amada? Si la halláis, decidle que por Ella desfallezco de abrasado amor» (3).

Cuando hubiéremos llegado á este punto, ¿qué será para nosotros el mundo entero? Todo lo tendremos por pérdida en comparación del amor de nuestra Niña, por quien no será costoso ni sensible el perder todas las cosas, teniéndolas nada más como basura.

Cuanto más grandes y terribles sean las dificultades

(1) IV Reg., v, 10, 13.

(2) Cant., IV, 6.

(3) Idem, III, 3; v, 8.

tades y contradicciones que tengamos que vencer, mayor será también el santo gozo y la satisfacción de nuestro amor, que lleva al trono de María más gloriosos y espléndidos trofeos de sus victorias.

Hé allí, pues, el camino del amor de nuestra Niña, sembrado de gayas y vistosas flores, bañado con torrentes de apacible luz, camino gloriosísimo á cuyo término vemos á María radiante de gracias y llena de dulces atractivos. Poned un instante los ojos en su rostro. ¿Dónde hay en el mundo, donde hay en el cielo criatura tan santa, criatura tan bella y amada del hombre? Nos dice: «Venid, hijos míos»; y nosotros, sus hijos, que oímos su voz, corremos, volamos por la senda feliz de su amor sacrosanto. ¡Cuán dichoso es el hombre que camina hacia Ella! ¡Cuán dichoso si al fin consiguere gozarla en el cielo! ¡El cielo! La patria feliz de la Niña que amamos; nuestros ojos se vuelven al cielo, nuestras almas suspiran por Ella, el amor nos arranca un suspiro; no nos dejan hablar los sollozos; están llenos los ojos de lágrimas..... ¿Qué podremos decir al pensar en la Niña que amamos? ¡Cuán hermosa, cuán santa, cuán pura! El encanto del cielo y la tierra, el auxilio y refugio del hombre, la Purísima Madre de Dios, la paloma gentil y sin mancha, la más bella y perfecta criatura.....

¿Cómo proseguir? Abrásanos el fuego del amor, y el alma quiere desahogarse derramando sus afectos en el seno de María.

¡Oh Niña, oh Reina, oh Madre! Mi corazón te adora sin descanso: ¿quién como Tú después

de Dios? y ¿á quién como á Ti deben amar todos los hombres? ¿Dónde está el corazón que por ellos haya palpitado con interés tan vivo y generoso? Y ¿dónde el hombre que decir no pueda: Desde las entrañas de mi madre fui arrojado en tus brazos, y desde el seno maternal eres Tú mi refugio y mi consuelo? (1). Y ¿cuál ha sido el desgraciado día, que en el curso de la vida te hayas olvidado de nosotros? Siempre compasiva y generosa, siempre vigilante y llena de amor y de ternura, por doquiera vas siguiendo nuestros pasos, no has dejado que resbalen nuestros pies. La pupila de tus ojos no descansa ni dormita por cuidarnos (2). Eres nuestra celestial custodia, y caminas siempre con nosotros para defendernos; durante el día no nos ha quemado el sol, ni en la noche nos dañó la luna. Nos has librado de todo mal, guardando nuestros pasos desde niños, y haciendo lo mismo ahora y para siempre (3). ¿Qué te daremos, tierna Virgen, por tan grande y generoso amor? ¿Nuestro cariño? ¡Oh! Este es el deseo más grande y encendido que tenemos: amarte todos los instantes de la vida, alabarte siempre y vivir consagrados enteramente á tu servicio. Hé aquí toda nuestra gloria en este mundo, las delicias y el encanto que ansiosos codiciamos, y que forma el objeto de nuestras plegarias. Tú, Señora, Madre del amor hermoso, enciende nuestras almas en las llamas de tu santa caridad; abrasadnos, consu-

(1) Ps. XXI, II.

(2) D. Bonav., Ps. B. V., 120.

(3) Ps. ídem.

midnos en el fuego de tu santo amor, fuego que jamás se extinga, y que Tú misma tendrás que conservar. ¡Oh Señora! Haced que nuestras almas jamás te olviden, que el corazón te adore y bendiga sin descanso, para ser enteramente tuyos, en el alma y en el cuerpo, en la vida y en la muerte, y poder cantar ahora y para siempre: Mi amada para mí, y yo para mi amada.

FIN.

INDULGENCIAS

CONCEDIDAS POR ALGUNOS PRELADOS DE LA IGLESIA MEXICANA Á SUS RESPECTIVOS DIOCESANOS QUE LEYEREN LA PRESENTE OBRA CON ATENCIÓN Y RELIGIOSA PIEDAD.

El Ilmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara, doctor D. Pedro Loza, 80 días por cada capítulo.

El Ilmo. Sr. Obispo de Zacatecas, Dr. D. José María del Refugio Guerra, 40 días por cada hoja.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Ramón Camacho, Obispo de Querétaro, 40 días por cada capítulo.

El Ilmo. Sr. Lic. D. Nicanor Corona, Obispo de San Luis Potosí, 40 días por la lectura de la obra.

El Ilmo. v Rmo. Sr. D. Fr. Buenaventura Portillo, Obispo de Tricalia, in P. I., y V. Apostólico de la Baja California, 40 días por cada capítulo.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Prólogo.....	7
Capítulo I y § I.—La esperanza más bella del mundo.....	9
Párrafo II.....	22
Cap. II y § I.—Una flor que trasciende pureza..	33
Párrafo II.....	52
Cap. III.—La margarita preciosa del universo..	65
Párrafo II.....	78
Cap. IV y § I.—Las sombras del Santuario.— Las guirnaldas de azucenas y el lazo del amor.	89
Párrafo II.....	106
• Cap. V y § I.—La Anunciación de la Santísima Virgen.....	116
Párrafo II.....	141
Cap. VI y § I.—Las montañas de Judea.....	154
Párrafo II.....	173
Cap. VII y § I.—Belén.....	192
Párrafo II.....	212
Cap. VIII y § I.—Concluye el anterior.....	225
Párrafo II.....	247
Cap. IX y § I.—El destierro y la vuelta á la pa- tria.....	259
Párrafo II.....	274

	<u>Páginas.</u>
Cap. X y § I.—María viviendo con Jesús en Nazaret.....	288
Párrafo II.	302
Cap. XI y § I.—El gran José.....	312
Cap. XII y § I.—Caná de Galilea.....	328
Párrafo II.	341
Cap. XIII y § I.—María siguiendo al Divino Salvador.....	353
Párrafo II.	368
Cap. XIV.—La Reina de los Mártires.	376
Cap. XV y § I.—El testamento y la muerte de Jesús.—Nuevos dolores de María.....	401
Párrafo II.....	418
Cap. XVI y § I.—El Santo Sepulcro.—María en la soledad.	429
Párrafo II.	446
Cap. XVII y § I.—Jesús resucitado.—El gozo de María.....	453
Párrafo II.	466
Cap. XVIII y § I.—La Ascensión de Jesucristo. Sentimientos de su Santa Madre.....	475
Párrafo II.	484
Cap. XIX y § I.—El Espíritu Santo.—Su Esposa Inmaculada.....	500
Párrafo II.	514
Cap. XX y § I.—La Reina de los cielos.	525
Párrafo II.	540
Cap. XXI y § I.—El canto del amor.....	553
Párrafo II.	564
Cap. XXII y último. María objeto del amor y ternura de los hombres.	580
Indulgencias.....	609

BT605

P6

1895

155888

FHRC

AUTOR

PORTUGAL, José María de Jesús

